Año I. Barcelona 18 Diciembre 1898 Núm. 7.

LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ

BIBLIOTECA NACIONAL

SONRISAS

¡Todas ríen!.... Una sonríe mientras aspira el perfume de un manojo de flores y sus dulces ojos de mujer inteligente acarician al hombre que acaba de dirigirla una frase muy galante, muy halagadora. Es un gesto delicioso, pero ambiguo, de coqueta que fluctúa entre el aplauso y la burla.... Otra es una *ingenua*, de ojos grandes y francos, que entreabre los labios con una sonrisa inocente, de virgen sin doblez.... La tercera no tiene la travesura de aquélla ni el candor de ésta; y ríe *con toda su alma*, con un regocijo sugestivo que ilumina su frente y dilata su nariz de hembra ardiente y bailotea en sus ojos.... ¡Todas ríen, todas!....

—¡Ríe tú también, Mimí!.... La risa es excelente ¡es el iris del alma, el heraldo bendito de la alegría y del amor. ¡Ríe Mimí!.... Me gustan tus fuertes carcajadas de mujer impúdica que corre á la orgía, y tus plácidas sonrisas, dulces, voluptuosas, como muermujeos de tórtolo que arrulla.... Y si alguna vez me vieses ahito de placeres, retirarme de la balumba mundanal para poner al voraz estío de mi virilidad un otoño de arrepentimiento, no me abandones y renueva los deleites del ayer volviendo á reír... Tu risa ha de ser como fuente que no se seca, como sol que no declina.

15 CÉNTIMOS

© Biblioteca Nacional de España

Nos consta de buena tinta que á estas horas son muchos los puritanos biliosos á quienes la *cruzada del amor* está haciendo mascullar cebolla y beber zumo de agrio limón. Califican nuestra publicación de atrevida, de impía.... y los que tal dicen añaden (y esta concesión es la única merced que hemos de agradecerles) que nuestras teorías son tanto más peligrosas cuanto tenemos la dañina precaución de servirlas disfrazadas con la máscara del arte y sabrosamente escritas....

Ante afirmación tan descortés, el espíritu más pacífico se subleva. Yo quisiera que los caballeros que se propasan á tacharnos de *naturalistas atrevidos*, se tomasen el trabajo de repasar los libros que acerca de materias estéticas se han escrito, y tengo por cierto que se convencerían de que la última palabra relativa á estas cuestiones no la escribió Zeferino González en ninguno de esos libros que ruedan por las aulas universitarias para educar torpemente y descarrilar el buen gusto de las generaciones estudiosas; que las líneas generales del arte y los fundamentos en que el arte está basado son inconmovibles y eternos, y que en la belleza hay algo universal y supereminente que existe *per se*, independiente de toda teoría estética y del alambicado y efímero criterio de los filósofos, de las épocas y de los pueblos.

***

El sentimiento estético es uno de los fenómenos más complejos de la psicología humana, porque dimana de la educación, de la herencia, del medio en que se vive, del temperamento y de otros mil factores que coexisten confundidos y revueltos en inextricable galimatías. El sentimiento de la belleza depende de todo esto y recorre una serie inacabable de grados y de medias tintas: desde el salvaje que goza oyendo las notas destempladas que se producen soplando en el interior de una caña hueca, ó del páparo en quien causan especial deleite los inexpresivos acordes de un pianillo de manubrio, hasta el aficionado inteligente para quien Verdi y Meyerber son los primeros músicos del mundo, media un abismo en lo que atañe á la educación de su sentido musical; como lo hay entre un verdadero artista y el profano que no sabe apreciar las diferencias que separan un cromo de un cuadro de Ribera, ó una figulina de arcilla, de uno de los bajo-relieves que esculpió el milagroso buril de Praxiteles....

Las diferencias que hay entre los términos empleados en la precitada comparación son enormes, ¿no es cierto?.... Y, sin embargo, son números de una misma serie, matices del mismo sentimiento estético: zafio, plebeyo y torpe en estos, y refinado y exquisitamente inteligente en otros.... Pero en todos hay algo semejante, una emoción suigéneris que no es puramente visual ni meramente auditiva; algo más delicado, más íntimo, que nace simultáneamente de la sensación que recibimos y del propio carácter, y consecuencia, como antes decíamos, de la educación, del temperamento....

***

Recelosos de aburrir la paciencia del amable lector, no queremos extendernos en consideraciones más hondas, porque entonces podría creerse que pretendíamos trocar estas columnas que siempre deben ir escritas llanamente y á la ligera, en cátedra de ciencia difícil é indigesta.

Sólo añadiremos que en los íntimos deliquios producidos por el sentimiento estético, hay siempre un dejo, más ó menos acentuado, de sensualidad, una especie de *vaho carnal* que trae á la memoria el recuerdo de la hembra. Contemplando una escultura ó un cuadro, aunque las desnudeces allí conservadas no despierten en el organismo ninguna lasciva afición, aunque experimentemos una impresión análoga á la que conmueve el alma candorosa de los niños á la vista de un juguete bonito, y las mujeres que examinemos no se parezcan á ninguna de las mujeres que nos son familiares; trátese de una sensación visual ó de una emoción auditiva, como las que experimentamos escuchando esos duos dulcísimos ó esos soberbios concertantes de las grandes óperas italianas, siempre hay un hilo misterioso, impalpable, sutilísimo, que nos recuerda á la hembra. ¿A *una* mujer?.... No; á una mujer determinada, no.... Sí á *la* mujer....

Nos gustan las Vírgenes de Murillo, las bacantes de Rembrandt, las Magdalenas de Boticelli, á pesar de la variedad y disparidad de sus trajes y actitudes, porque en todas ellas hay rasgos de esa mujer ideal que todos llevamos en el cerebro; y si depurásemos minuciosamente la sensación que en el espíritu determinan las impresiones musicales, también hallaríamos que la noción de la mujer va ligada al sentimiento estético y que en los melódicos acordes de la orquesta, en las escalas del arpa, en el apasionado clamoreo de los violines y en las melancólicas y apesaradas notas del violoncelo, como en las rítmicas vibraciones de las campanas, hay carcajadas y promesas y oraciones y suspiros de mujer.... Y pensamos simultáneamente en el pueblo natal, en el porvenir incierto, en la querida muerta, en las venturas del ayer perdido.... ¡en tantas cosas inexplicables!.... Y se nos arrasan los ojos en lágrimas y se nos empaña la voz, y permanecemos perplejos fluctuando entre la risa y el llanto.

¿Por qué?.... ¿Por qué el recuerdo de *la* mujer ha de ir ligado á todas las variantes del sentimiento?...

Porque el arte se desprende de la mujer como el calor de la luz, como la atracción del imán: porque la mujer es el arte *hecho carne*, como el arte es la mujer *hecha idea*.

***

Y siendo esto así, ¿en nombre de qué puritanismos mongiles vienen á reformar los moldes arquetipos del arte estos flamantes paladines del *buen tono*?.... ¿Es posible que haya aún quien defienda de buena fe que la mujer es angel caído y contaminado con el fuego infernal de la serpiente?....

Pues si el amor es un crimen, si deben calificarse de inmorales á los escritores que luchan por exaltar la dicha de vivir, si este mundo es la antesala de otro mundo mejor que no nos abrirá sus puertas si antes no estamos suficientemente purificados por la meditación, la reflexión y el ayuno, reneguemos de todo lo que fuimos, echemos al fuego cuantas joyas se guardan en los Museos, convirtamos en adoquines las es-

© Biblioteca Nacional de España

culturas que los eruditos fueron sacando de Grecia y de Pompeya, arranquemos de los diccionarios los nombres de aquellos magos del arte que tuvieron la desvergüenza de pintar mujeres desnudas....

¡Guerra al desnudo!.... El verdadero arte no está en los lienzos de Miguel Angel, ni de Correggio, ni de Rubens.... ¡sino en los figurines que anualmente publican los Almacenes del Louvre!....

Atenas fué un pudridero....

Roma un lupanar....

¡Callen Fidias y Praxiteles y cuantos han estado desmoralizando á la humanidad en nombre del arte!....

El arte, la verdadera moralidad está en las sastrerías....

Respetable público.... ¡Tienen la palabra las modistas!

Juan de MAÑARA

CONSEJO Ó LO QUE SEA

Te voy á dar un consejo
que aprendí para mi daño,
un día en que me hice viejo
á causa de un desengaño:
Si quieres á una mujer,
quiérela de tal manera
que la dejes de querer
antes que ella no te quiera.
Porque con esto de amar,
ocurre lo que al reñir,
es necesario matar
ó es necesario morir.
Y cuando de esto se trata,
el que no es tonto, prefiere,
el golpe con que se mata,
al golpe de que se muere.
Porque al que mata le encierran,
pero le indultan después;
y al que se muere.... ya ves,
al que se muere le entierran.
Aquí tienes el consejo
que aprendí para mi daño,
un día en que me hice viejo
á causa de un desengaño.

Joaquín DICENTA

RÁPIDA

(DEL LIBRO «MADAME BOVARY».)

Él no respondió; ella respiraba fatigosamente. Rodolfo lanzaba miradas en torno suyo, y se mordía el bigote. Llegaron á un sitio más ancho; sentáronse en el tronco de un árbol cortado, y Rodolfo comenzó á hablarla de su amor. Al principio no la asustó con galanterías, estuvo tranquilo, grave, melancólico. Emma le escuchaba con la cabeza baja, removiendo con la punta del pie los terrones; pero á esta frase:

—¿Es que ya no son comunes nuestros destinos?

—¡Oh, no!—respondió—¡bien lo sabe usted! ¡Es imposible!

Se levantó para marcharse; él la cogió por la muñeca; ella se detuvo. Después, habiéndole contemplado algunos instantes con mirada húmeda y amorosa, exclamó vivamente:—¡Ah! ¡Basta! ¡No hablemos más de esto! ¿Dónde están los caballos? Regresemos.

Rodolfo hizo un gesto de cólera y de fastidio. Emma repitió:—¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están los caballos?

Sonriendo de una manera extraña, las pupilas fijas y los dientes apretados, Rodolfo se adelantó con los brazos abiertos. Ella retrocedió espantada, balbuceando:—¡Me da usted miedo! ¡Me hace usted daño! ¡Partamos!

—¡Verdad es! ¡Es preciso!....—repuso él, cambiando de aspecto y volviéndose respetuoso, cariñoso y tímido. Ella le dió su brazo. Volviéronse... El dijo:—¿Qué tenía usted? ¿Qué la pasaba? ¡No lo he comprendido! Sin duda ha tomado usted una cosa por otra. Usted vive en mi alma como una madona sobre su pedestal; en un sitio alto, sólido é inmaculado; pero yo la necesito á usted para vivir. Tengo necesidad de sus ojos, de su voz, de su pensamiento.... Sea usted mi amiga, mi hermana, mi angel.....—Y alargaba su brazo y se lo rodeaba al talle. Ella procuraba, aunque débilmente, desprenderse, y él la sostenía caminando á su lado. Oyeron á los dos caballos que ramoneaban el follaje.

—¡Oh, ya!—dijo Rodolfo....—¡No! ¡No partamos todavía!.... ¡Quédese usted!.... La arrastró más lejos, alrededor de un pequeño estanque donde las algas formaban un tapiz de verdura sobre las ondas, y los nenúfares se extendían inmóviles entre los juncos: al ruido de sus pasos sobre la hierba, las ranas saltaron para ocultarse.

—¡Ah! ¡Qué mal hago! ¡Qué mal hago!—dijo ella.—¡Pero enloquezco escuchándole á usted!....

—¿Por qué?.... ¡Emma!.... ¡Emma!

—¡Oh, Rodolfo!....—exclamó lentamente la joven reclinándose en su hombro.

La tela de su traje se pegaba al veludillo del de Rodolfo.... Inclinó su cuello blanco, que se hinchó con un suspiro, y desfallecida, llorosa, con un largo extremecimiento y tapándose la cara.... ¡Se abandonó!....

Descendían las sombras lentamente. El sol horizontal, pasando por entre las ramas, la deslumbraba. Aquí y allá, en torno suyo, en las hojas y por el suelo, temblaban manchas luminosas como si colibríes volando hubiesen desprendido varias plumas. El silencio reinaba por todas partes. Algo dulce parecía brotar de los árboles. Ella sentía su propio corazón, cuyos latidos volvían á comenzar, y circular por la carne la sangre como un río de leche. Entonces oyó más allá del bosque, muy lejos, sobre las otras colinas, un grito vago y prolongado, una voz que se extendía.... silenciosamente, mezclándose como una música á las últimas vibraciones de sus nervios conmovidos . . . . . .

. . . . . .

Gustavo FLAUBERT

—Conque, hasta luego, Conchita.
—Adiós, señor elegante
—Se queda usted.... ¡tan bonita!
—Y usted se va.... ¡tan galante!...

© Biblioteca Nacional de España

Así la llamaban sus amigos, *Giraldilla*, porque era derecha y coquetona y esbelta como la Giralda, ese milagro arquitectónico conque apuntaló al cielo alguno de aquellos príncipes desconocidos del arte morisco.

De tan milagrosa joya del amor humano es probable que nadie recuerde, porque *Giraldilla*, ó María del Milagro, que tal era su verdadero nombre, murió hace más de medio siglo, y cincuenta años pueden mucho en la inconstante memoria de los hombres: pero allá, á principios del siglo actual, no había en Sevilla hombre que no la conociese y anduviera bebiendo los vientos por ella, ni mujer que no la envidiase, ni trovador callejero que no repitiese los cantares compuestos por la donosa muchacha: porque así como su coetáneo Manolito Gázquez encarnaba, según el respetable sentir de Estébanez Calderón, el espíritu hiperbólico y extremadamente colorista del pueblo andaluz, de igual modo en María del Milagro, sevillana de nacimiento y gitana de raza, estaban reunidos y acoplados, como en magnífico ramillete de variados matices, la sal, y el picante ingenio de Andalucía.

Era más bien alta que baja, con una cinturita anillada que avaloraba las cumplidas redondeces de las caderas y del seno; el pelo negrísimo y echado sobre la cara, formando á uno y otro lado de las sienes dos persianas de azabache; los *clisos* negros también y picoteros; la tez bronceada, los labios frescos, los *piños* menuditos y blancos; y pisaba tan corto y pulido y había tan gitanesco garabato en los movimientos de su cuerpo, y tanto fuego en sus ojos, que el prestigio de María del Milagro se fué extendiendo por toda Sevilla y no hubo baile desde Triana á La Macarena, en que no buscasen á Giraldilla para darle pique y viso flamenco á la fiesta.

Dados estos antecedentes fácil será comprender cuán rico bócado era María del Milagro para los conquistadores expertos aficionados á quedarse con lo mejor de lo bueno, y las extremadas protestas y huracanados suspirones de que sería testigo la reja del cuarto en que Giraldilla dormía: pero ésta era de muy independiente condición para aceptar de buen grado la esclavitud de tales finezas, y aprovechaba sus facultades de poetisa para burlarse de sus adoradores zahiriéndoles con cantares que corrieron por Sevilla y más tarde por España, con lo cual han demostrado su origen genuinamente popular y su depurado sabor literario. Su musa recorría todo el pentagrama del sentimiento, y unas veces era triste, otras sentenciosa, ó mordaz y cáustica, como un sinapismo; pero siempre espontánea y fácil, sin pretensiones ni académicas pulcritudes de estilo. Una noche de jarana, hablando con cierto pobre diablo que la cortejaba, exclamó *Giraldilla:*

Tu *mare fosforiyera,*
tu *pare* un esquila perros....
¡Vaya una gente *fulera*!....

De estas ocurrencias tenía muchas y apropósito de todo, y brotaban de sus labios sin esfuerzo, como las burbujas de aire en un líquido en ebullición.

Así vivía *Giraldilla* cuando cumplió los dieciocho años: sin amoríos ni afanes impuros que bastardeasen la columbina candidez de su virginidad; alegre, decidora, consagrada á su madre viuda y llevando en el corazón al presentimiento de que en lo porvenir, pasados cinco ó más años, ella gobernaría la taberna que ogaño regentaba su madre, y tendría un esposo y *churumbeles* más bonitos que retazos de cielo, y todo eso conque las mujeres parecen soñar desde la cuna.

* * *

¿Cómo perdió la sin par gitanilla aquel contento de sus verdes años?....

De tan lamentable mutación era autor y responsable único cierto estudiante, gran decidor de mentiras y de almibarados requiebros, á quien por su mal conoció María del Milagro en una tarde de feria. Ella estaba tomando el fresco en la puerta de su ventorro, cuando él pasó caballero sobre un poderoso potro guadalcaceño que barría el suelo con la cola. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron: él sonrió y el caballo, obedeciendo á una leve presión de la rienda, empezó á hacer piernas, como ganoso de demostrar con aquellas monadas la morisca gentileza y gallardía de su ginete; y *Giraldilla*, de ordinario tan despreocupada, se entró precipitadamente en su casa temiendo que sus ojos y el súbito rubor de su semblante revelasen la dulce querencia que en su impresionable corazón acababa de nacer.

Desde entonces Enrique y María del Milagro se veían todas las noches por la reja. Fué aquel un verano delicioso. Enrique llegaba á las once, después de cerrado el ventorro; *Giraldilla* le esperaba en la ventana, y allí, con los rostros casi juntos, como si cada cual quisiera robar con sus labios las palabras que decían los labios del otro, pasaban las horas.... Y siempre se separaban ya cerca de amanecer y del mismo modo:—Adiós, *Girardiya*, ¿eh? ¡Hasta la noche....

—Adiós, rey...

Durante los primeros meses el galán se limitó á ponderar la buena ley de su cariño; luego, cuando cal-

© Biblioteca Nacional de España

culó que la altivez de la joven estaba suficientemente domeñada y en sazón, se propasó á besarla la mano y luego los labios, hasta que insensiblemente, abusando de sus sagaces raposerías de muchacho corrido y de la debilidad de María, llegó á solicitar de ella la prueba más concluyente que de su pasión pueden dar las mujeres enamoradas. *Giraldilla* había cedido hasta entonces, pero aquella última exigencia de Enrique fué rechazada rotundamente. *Eso* no sucedería nunca, nunca.... Riñeron y el galán estuvo varios días sin aparecer, y después volvió sumiso y alegre, como si nada hubiera acaecido entre ambos. Su tranquilidad, sin embargo, sólo fué aparente, porque bien pronto renovó sus ruegos, apelando á todos los subterfugios imaginables para domeñar el ánimo de *Giraldilla,* que se defendía desesperadamente.

—No, rey, no—repetía María del Milagro;—eso no!.... Después de casarnos seré tuya en cuerpo y alma; tu mujer, tu esclava, ¡lo que quieras!.... Antes, no; porque me abandonarías, mi familia me despreciaría también y me quedaría sola, solita en el mundo y sin

honra.... ¡y con tu *maldecío* cariño *metío* en el pecho!

...En esta situación fueron transcurriendo los meses y *Giraldilla* se iba volviendo triste, muy triste, y alejada de sus antiguos divertimientos pasaba los días silenciosa, como escuchando el combate que en sus profundos reñían su pasión y su virtud.

—¡No, no!... murmuraba;—eso, no sucederá nunca.

***

Así las cosas, llegaron las famosas ferias de Sevilla, y María del Milagro y su madre empezaron á disponer la tiendecilla que todos los años abrían en la calle que llaman de *Gitanas,* y en la que expendían *churros,* aguardiente, pastas, almendras y otros artículos muy buscados y de poquísimo coste.

Desde muy temprano la madre de *Giraldilla* se instaló en la tienda, y la joven quedó encargada de trasladar desde el ventorro hasta allí y á lomos de un borrico, los muebles indispensables. En aquella tarea la ayudó Enrique. María trabajaba afanosa, sacudiendo sillas, descolgando cuadros, quitando la ropa de las cómodas y embalando botellas y vasos en sendos cestos llenos de paja. Aquel ejercicio había arrebolado sus mejillas y de vez en cuando lanzaba un gran suspiro de cansancio y se secaba con el dorso de la mano el sudor que la corría por la frente. Enrique la seguía, gozoso de verla tan hacendosa y tan guapa, los dos trabajaban sin dar paz á sus manos ni á sus lenguas, y algunas veces interrumpían la brega para reir y besarse. Después, cuando el burro ya no podía soportar más peso, lo echaban á andar, y ellos le seguían cogidos del brazo y muy despacio, pasando por delante de las murallas romanas y recorriendo un largo trayecto solitario que duraba más de tres cuartos de hora.

Ya eran cerca de las siete de la tarde cuando Enrique y María del Milagro salieron del ventorro conduciendo los últimos muebles: delante de ellos caminaba el borriquillo cargado con un cesto lleno de loza, dos mesas y un espejo; el espejo de *Giraldilla*, el mudo confidente que la ayudaba á emperegilarse y satisfacía las dudas de su femenil presunción; y *Giraldilla* lo quería con un amor extraño de fetichista, como á un buen amigo que no miente nunca. Los dos enamorados caminaban lentamente y muy juntos, y de vez en cuando Enrique interrumpía la conversación para chasquear la lengua y lanzar un ¡arre!.... vigoroso. La noche cerraba rápidamente y agujereando las sombras del horizonte se veían las pupilas rojizas de algunos faroles. La obscuridad y el desamparo del lugar despertaron en Enrique deseos que habían permanecido adormilados durante el día, y tras un habilísimo circunloquio tornó á plantear el problema, el eterno problema del rendimiento.

—Tienes que ser mía—murmuraba;—lo quiero yo, lo quieres tú también, porque me amas.... Créelo, esto es algo fatal, incontrastable, que parece estar escrito allá arriba.

—Déjame, déjame, rey—decía ella;—no me supliques tanto, te quiero demasiado....

Habían acortado el paso y Enrique la estrechaba el talle mientras la miraba fijamente á los ojos, cual si pretendiese registrarla los pensamientos. Entre tanto el borriquillo se alejaba, y su cuerpo se empequeñecía dibujándose sobre el fondo gris de la carretera polvorienta como un punto negro.

—Ven—murmuraba Enrique apretando los dientes con furor:—aquí, entre estos árboles....

Ella procuró desasirse y echar á correr, horrorizada de lo mucho que le quería, pero él la sujetó por un brazo y *Giraldilla* se dejó prender.

—Es muy tarde—balbuceó;—mira, y *ese* se va....

© Biblioteca Nacional de España

La rubia á la morena: Estoy citada con ese maquetrefe para mañana á las tres de la tarde, pero no podré acudir hasta las cuatro. ¿Quieres ir en mi lugar y entretenérmele hasta que yo vaya? Pero, cuidadito con lo que se hace!....

Ella.—¿Qué hace usted aquí, guapo mozo?
El.—¡Pensar en usted!...

—¿Si yo me volviese loco de repente y la diese un mordisco en los labios, se enfadaría usted? *(Puntos suspensivos.)*

—¡Te adoro!
—¡Luisin de mi vida!

La rubia llegó tarde, á los postres. Y los postres, en los festines del amor, no siempre son los más dulces

© Biblioteca Nacional de España

El borriquillo continuaba alejándose, alejándose....

—Ven, ¿qué te importa?.... ¡Ven!....—Y la atraía hacia unos viciosos herbazales que parecían encubrir todo el amoroso misterio de las alcobas. Enrique había cogido á María por las muñecas y la arrastraba mientras ella arqueaba las caderas con un postrer movimiento de repulsa. . . . . .

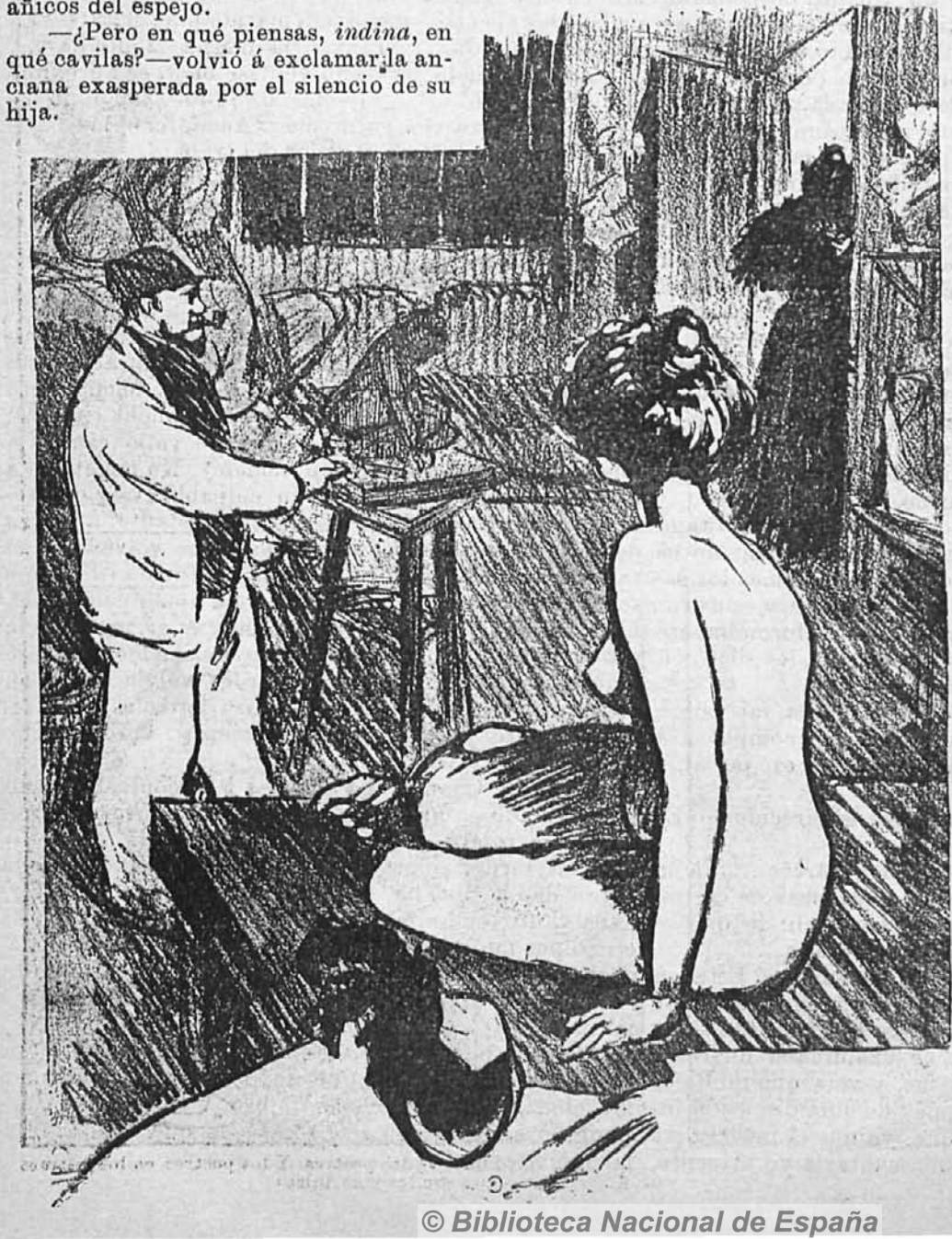
. . . . . .

Cuando llegó á donde estaba su madre, ésta empezó á reñirla. ¡Buen negocio acababan de hacer!.... El burro había roto el espejo; un espejo magnífico, el mejor mueble de la casa. ¿De dónde iban á sacar dinero para comprar otro?.... Aquello era *mala sombra*, un augurio infalible de que los negocios no saldrían bien.

—¿Pero en qué infierno has estado metida hasta ahora, *indina*?—repetía la vieja.

María del Milagro la escuchaba sumida en un dulce ensimismamiento: pensaba en su caída, en las protestas de amor eterno que su galán acababa de hacerle, y en la misteriosa conexión que pudiera haber entre la pérdida de su candor y la ruptura del espejo; aquel espejito en que tantas veces vió reflejada su virginidad inmaculada de soltera.... El borriquillo permanecía inmóvil, contemplando con aire preocupado los añicos del espejo.

—¿Pero en qué piensas, *indina*, en qué cavilas?—volvió á exclamar la anciana exasperada por el silencio de su hija.



Y entonces *Giraldilla*, la espumita de la sal sevillana, la hermosa entre las bonitas, la ocurrente entre las graciosas y la gentil autora de tantos cantares, repuso entre alegre y pensativa:

Maresita mía,
yo no sé por dónde
al espejito donde me miraba
se le fué el azogue....

Eduardo ZAMACOIS

Cuentos agenos

Fragmentos de una carta de mujer encontrado en Nuestra Señora de los Campos

....«me ha costado el haberme casado con un artista.

¡Ah, querida mía, si lo hubiera sabido!.... Pero las jóvenes se forjan acerca de todas las cosas ideas muy singulares. Figúrate que en la Exposición, cuando yo leía en la Guía esas señas de las calles tranquilas situadas en las barriadas de París, soñaba con vidas tranquilas, sedentarias, consagradas al trabajo y á la familia, y me decía, comprendiendo de antemano cuán celosa sería: «Así es como quiero un marido. Estará siempre conmigo; pasaremos todo el día juntos, él en su lienzo ó en su escultura, yo leyendo ó cosiendo á su lado, bajo la luz tibia del taller.» ¡Pobre inocente! Entonces no sospechaba lo que era un taller, ni el mundo extraño que en él se encuentra. Nunca, al mirar esas estatuas de diosas tan escandalosamente descotadas, me había asaltado la idea de que hubiera mujeres bastante atrevidas para.... Y que yo misma.... Sin esto, te suplico me creas que no me hubiese desposado con un escultor. ¡Ah! no.... Debo decir que en mi casa todos se oponían á este matrimonio, á pesar de la fortuna de mi marido, de su nombre, ya célebre, y del hermoso hotel que había mandado edificar para nosotros. Yo sola lo he querido. ¡Era tan elegante, tan seductor, tan obsequioso! Parecíame, no obstante, que se preocupaba demasiado de mis vestidos y de mi peinado: «Alzad vuestros cabellos de este modo».... Y el caballero se entretenía en prender una flor en medio de mis rizos con más arte que cualquiera de nuestras modistas. Tanta experiencia en un hombre era para asustar, ¿no es cierto? Debiera haber desconfiado.... En fin, vas á ver. Escucha.

Regresábamos de nuestro viaje de novios. Mientras me

© Biblioteca Nacional de España

instalaba en mi encantador hotelito, tan bien amueblado, este paraíso que tú conoces, mi marido, en cuanto llegó, se puso á trabajar y pasaba los días en su taller, fuera del hotel. Cuando volvía por la noche me hablaba entusiasmado de su próxima exposición. El asunto era: «una dama romana saliendo del baño». Quería expresar en el mármol ese pequeño extremecimiento de la piel bajo el contacto del aire, los suaves tegidos empapados de agua, adhiriéndose á los hombros, y otros muchos detalles bellísimos que ya no recuerdo. Aquí para entre nosotras, cuando me habla de su escultura, no siempre comprendo bien. Del mismo modo me decía en confianza: «Esto va á ser precioso».... Y me veía ya sobre la arena fina de las calles admirando la obra de mi esposo, un magnífico mármol blanco recortándose sobre la tapicería verde, en tanto que murmuraban á mi espalda: «La mujer del autor»....

En fin, un día, curiosa de ver en qué estábamos de nuestra dama romana, tuve la ocurrencia de ir á sorprenderle en su taller, que no conocía aún. Era una de mis primeras salidas sola; y estaba tan bonita, ¡demonio!.... Al llegar encontré la puerta del jardinillo del piso bajo abierta de par en par. Entré y seguí todo derecho, y calcula mi indignación cuando vi á mi marido con blusa blanca como un albañil, despeinado, con las manos manchadas de tierra, teniendo enfrente, querida mía, una mujer de talle soberbio, de pie sobre un tablado, casi desnuda y con aire de perfecta tranquilidad, como no extrañándose de nada. Unos vestidos horribles, salpicados de lodo, zapatos muy usados y un sombrero redondo con una pluma desrizada, estaban á su lado, sobre una silla. Vi todo esto instantáneamente, pues comprenderás que huí enseguida. Esteban quería hablarme, retenerme, pero hice un gesto de horror ante sus manos cubiertas de arcilla, y corrí á casa de mamá, donde llegué casi muerta. He aquí cómo entré.

—¡Ay, Dios mío! hija mía, ¿qué tienes?....

Refiero á mamá lo que acabo de ver, cómo estaba aquella terrible mujer, y en qué traje. Y yo lloraba.... lloraba.... Mi madre, muy conmovida, trata de consolarme, diciéndome que debía ser un modelo.

—¡Cómo!.... Eso es abominable.... No me habían hablado de esto antes de casarme.

Entonces llegó Esteban despavorido, procurando también hacerme comprender que un modelo no es una mujer como otra cualquiera, y que además los escultores no pueden prescindir de ellos: pero estas razones apenas me persuadieron, y declaré formalmente que no quería á un marido que pasaba los días con mujeres vestidas de aquella manera.

—Vamos, amigo mío,—dijo entonces mi pobre mamá que deseaba conciliarlo todo;—por complacer á vuestra mujercita, ¿no podíais reemplazar eso por algo semejante, por un maniquí?

Mi esposo se mordía los bigotes enfurecido.—«Es imposible, querida mamá.»

—Sin embargo, querido mío, me parece.... Ya lo veis, nuestras modistas se sirven de cabezas de cartón para arreglar los sombreros.... Pues bien: lo que se hace con la cabeza ¿no podría hacerse para....?

Por lo visto, no era posible. Al menos Esteban trató de demostrárnoslo prolijamente, con toda suerte de detalles y de palabras técnicas. Ciertamente tenía el aire muy contristado. Yo le examinaba de reojo mientras enjugaba mis lágrimas, y veía que mi dolor le afligía mucho. En fin, después de una discusión interminable, convenimos en que, ya que el modelo era indispensable, siempre que viniese estaría yo presente. Precisamente había junto al taller un sitio despejado, muy cómodo, desde donde podría observar sin ser vista. —«Es vergonzoso, dirás, tener celos semejantes y darlos á conocer». Pero, ¡qué quieres, chica! es preciso haber sufrido estas emociones para poder juzgarlas.

Al día siguiente, el modelo tenía que venir. Me armo de todo mi valor, y me instalo en mi cuartito, con la intención de que al menor golpe dado en el tabique, mi marido me acudiría al momento. Apenas me encerré, llegó el modelo de marras, emperegilada Dios sabe cómo, con un aspecto tan miserable, que no comprendía cómo pudo despertar mis celos una mujer que sale á la calle sin puños blancos y con un chal viejo de franjas verdes. Pues bien, querida mía, cuando vi á la tal criatura despojarse de su chal y de su traje en medio del taller, desnudarse con aquella facilidad y con aquel impudor, experimenté una sensación que no puedo explicarte. La cólera me ahogaba.... Al momento toco en el tabique.... Esteban acude. Yo estaba pálida y temblorosa. Se burlaba de mí, me tranquiliza cariñosamente y vuelve á su trabajo.... Entonces la mujer estaba de pie, medio desnuda, con su larga cabellera suelta y caída por la espalda con una pesadez sin ondulaciones. No era la criatura de antes, sino casi una estátua, á despecho de su rostro fatigado y vulgar. Mi corazón estaba oprimido. Sin embargo, no dije nada. De repente, oigo á mi marido que grita:—«La pierna izquierda.... Avanzad la pierna izquierda».... Y como el modelo no comprendiese bien, se aproximó á ella y.... ¡Ah! este golpe me aniquiló. Llamo, no me oye. Llamo otra vez enfurecida. Acude con las cejas un poco fruncidas por el ardor del trabajo.

—Vamos, Armanda.... ¡sé razonable!.... Y yo, deshecha en llanto, apoyada la cabeza sobre su hombro. —Eso es superior á mis fuerzas, amigo mío.... No puedo.... no puedo.... Entonces, bruscamente, sin responderme, pasó á su taller é hizo una señal á la terrible modelo, que se vistió y se marchó.

Durante algunos días, Esteban no regresó á su estudio. Permanecía á mi lado, no salía, rehusaba hasta la sociedad de sus amigos, siempre muy bueno, pero ¡tan triste! Una vez le pregunté con mucha timidez: —«¿No trabajáis ya?».... Lo que me valió esta respuesta:—«No se trabaja sin modelo». No me atreví á insistir, pues comprendía cuán culpable era y que tenía derecho para hablarme así. No obstante, á fuerza de halagos y sutilezas, obtuve de él que volviera á su taller y que procurara concluir su estatua de..... ¿cómo se dice?.... de memoria, es decir, de imaginación; en una palabra, lo que quería mamá. A mí me parecía esto muy factible; pero al pobre muchacho le causó mucha impresión. Todas las tardes volvía nervioso, desanimado, enfermo. Para reanimarle iba á verle frecuentemente, y le decía:—«Es precioso». Pero el hecho es que la estatua apenas adelantaba. No sé si trabajaba en ella. Cuando iba al taller le encontraba siempre fumando en un diván, ó amasando bolitas de arcilla, que arrojaba con furia contra la pared.

Una tarde, cuando estaba contemplando aquella pobre dama romana, á medias bosquejada, y que tardaba tanto en salir de su baño, una idea caprichosa cruzó por mi imaginación. La romana tenía aproximadamente mi estatura.... Quizá, en rigor, podría yo....

—¿A qué llaman una pierna bonita?—pregunté á mi marido.

Me lo explicó minuciosamente, enseñándome lo que faltaba en su estatua, que no podía concluir sin un modelo.... ¡Pobre muchacho! ¡Tenía un aire tan compungido al decir esto!.... ¿Sabes lo que hice?.... Recogí súbitamente las vestiduras que yacían en un rin-

© Biblioteca Nacional de España

cón, fuí á mi cuartito, y después cautelosamente, sin decir nada, mientras mi marido contemplaba su escultura me coloqué sobre el estrado frente á él, en el traje y con la actitud en que había visto al espantoso modelo.... ¡Ah, querida mía! ¡Qué emoción cuando levantó la cabeza! Me daban deseos de reir y de llorar. Estaba encendida.... ¡Y aquella muselina que era necesario ceñirse por todas partes!.... Pero no me importaba. Esteban tenía un aspecto tan entusiasta que me tranquilicé enseguida. Figúrate, querida mía, que al oir....»

Alfonso DAUDET

En el próximo número:

PÁGINAS DE MI VIDA

POR

Consuelo SANTOÑA.

COSAS

—Salió ayer de la corte
un tren *exprés* de la estación del Norte,
y aseguran testigos presenciales
que chocó en la estación de Valdefría....
—¡Qué horror! ¡Virgen María!
¿Y habrá habido desgracias personales?
—¡No tal! No he concluído. Le decía
que chocó en la estación de Valdefría
que llevase mojados los cristales,
porque allí no llovía.

Flacro YRÁYZOZ

UNO DE TANTOS

En *Artesa del Mogner*
salió alcalde Gil Melones;
en cuyo hogar la mujer
es quien lleva los calzones.
Y de tal modo proclaman
á Gil, mandria, los de Artesa,
que, en vez de alcalde, le llaman
marido de la alcaldesa.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Antes.... Después

I

En aquel poético rinconcito de Asturias la existencia de Dionisia se deslizaba tranquilamente. Entonces sumaba diez años, era hija primogénita y no frecuentaba más sociedad que la de sus padres, ni conocía otro horizonte que el limitado por los encinares vecinos y el que allá, muy lejos, recortaban sobre una línea gris, el cielo y el mar.

La vida laboriosa del cortijo empezaba con las primeras claridades del amanecer, mucho antes de que el disco sangriento del sol asomase en el horizonte. La madre de Dionisia empezaba á barrer la casa y luego salía al corral á echarles á los borriquillos el último pienso y á dar de comer á las gallinas; y entre tanto Juan y Domingo, dos rapaces de ocho y nueve años respectivamente, obedeciendo las órdenes paternales, se iban al campo ó bajaban á la playa á repasar los nudos de la red ó á componer las velas rotas.

Dionisia estaba encargada de guardar los cerdos que constituían la principal riqueza del cortijillo; y era aquella una ocupación que no exigía esfuerzo y que se conformaba perfectamente con su temperamento perezoso.

Dionisia tenía la color bronceada, la boca grande, las facciones correctas, los ojos grandes y reflexivos, y este carácter taciturno de los pastores que siempre están solos. Sentada al pie de un árbol, la niña pasaba las horas calorosas de la siesta sumida en un dulce ensimismamiento, con las manos cruzadas sobre la falda y los ojos fijos. Su cerebro, sin embargo, no estaba inactivo: viviendo en medio de la naturaleza, tenía á la vista continuamente el libro siempre abierto de la vida; sin procurarlo observaba cómo se perseguían los cerdos encelados, el ardor de las palomas lascivas, la sumisión con que las gallinas se doblegaban al capricho del gallo altanero, que las sujetaba despóticamente por la cresta, el amoroso piar de los pajarillos que fabricaban sus nidos en el tronco de las viejas encinas. y el ardor con que los insectos se buscaban entre la hierba, bajo los rayos abrasadores del sol.... Todo aquello lo escudriñaba con interés creciente: su despierta imaginación comprendía que en todos los animales, en las mismas plantas que despiertan á la vida con los primeros calores de la primavera, había un sentimiento unánime, una pasión común á todos, á la flor que entreabre sus pétalos y á las palomas que se arrullan.... Y ella misma empezó á sentir en su carne un extraño desasosiego cuyo origen no podía descubrir su salvaje candor de niña impúber.

Pero pasó el tiempo y con los años llegó la pubertad, y entonces Dionisia, que ya había leído muchas historias de amor, comprendió la naturaleza de ese sentimiento carnal, de esa conmoción eléctrica que desquicia al mundo.

Desde aquel momento y sin que hubiese mediado otra explicación, Dionisia tuvo barruntos de que había pueblos y horizontes que ella no conocía, y con una madurez impropia de su poca edad, se lamentaba de vivir sola, encerrada entre aquellos cerros, perdida para el mundo, como una religiosa en su celda; y Dionisia, que ya sabía lo que los hombres llaman una mujer hermosa, se dió á estudiar en los libidinosos arrebatos de los animales que custodiaba, las explosiones de aquel fuego que ella misma sentía germinar en sus profundos.

Aquello era una iniciación inconsciente en los deleites del amor; el vicio, la orgia, que la seducían llamándola por las cien mil lenguas que tiene el pecado.... Y, mientras sentada al pie de un árbol veía cómo los berracos encelados persiguen á sus hembras, la guardadora de cerdos, pensaba:

—Sí, debe ser muy dulce, *eso* de rendirse....

II

Han pasado muchos años, más de veinte, y la Dio-

© Biblioteca Nacional de España

nisia que guardaba cerdos en un ignorado rinconcito de Asturias, hoy es una hetera de elevadísimo rango, una reina del buen gusto, célebre por su hermosura, por su riqueza.... ¡casi una gran señora!....

¿Cómo?....

Sus padres la enviaron á Oviedo, al servicio de una familia acomodada: allí conoció al señorito caprichoso que, á trueque de su virginidad, había de abrirle las puertas del gran mundo, y enseñarla el medio de poner á su belleza alta y nobilísima tarifa. Tratándole aprendió Dionisia esos arrebatos y esas languideces que tanto gustan á los hombres, y supo los recursos de que había de servirse para ser elegante y pasar por discreta. La joven era mujer dotada de milagrosas facultades: bonita, descocada, graciosa, con buena voz y felicísima memoria, y no tardó en aprender chascarrillos, canciones y esas variadas quisicosas que tanto se estiman en los salones mundanos.... Y prosperó, prosperó mucho, ganando rápidamente en prestigio, gentileza y posición.

Después, buscando campo más vasto para sus ambiciones, se trasladó á Madrid, presentándose ante el gran mundo bajo el pseudónimo de Leonor del Encinar.

La fortuna ha colocado á Leonor del Encinar sobre las demás cortesanas, sus rivales. El suicidio de un estudiante que se encaprichó por ella y que no pudo merecer ningún favor de la terrible mujer que tantas mercedes prodigaba, y el desafío de dos linajudos personajes, nobles de abolengo y senadores por añadidura, comenzaron su reputación. Un francés millonario, la compró un hotel y coches; se la veía en el Hipódromo, en los palcos del Teatro Real; dió reuniones, jugó á la Bolsa, ganó y los periódicos hablaron de ella. Después un fotógrafo quiso retratarla en diversas actitudes y trajes, accedió Leonor á su pretensión viendo en ello un poderoso reclamo hecho á su fama de mujer bonita; aquellas fotografías fueron reproducidas por varias revistas ilustradas y por todas partes abundaron retratos de Leonor del Encinar en traje de ciclista, vestida de niña ó saliendo del baño....

El francés millonario que tanto contribuyó á su popularidad y entronizamiento quiso llevarla á París, y Dionisia consintió, mas antes fué á despedirse del pueblecito en que nació. Su padre había muerto, pero sus hermanos y su madre la esperaban aún. Fué aquella una impresión brutal, intensísima, que arrasó sus ojos en lágrimas. La vieja casuca con techo de pizarra, el corral, la noria, los bosques vecinos, el arroyuelo que ella cruzaba desnuda de pie y pierna cuando era guardadora de cerdos, hasta el lanchón en que su padre la llevó embarcada algunas veces, ¡todo estaba igual!....

Dionisia permaneció allí varios días, hasta que empezaron á serle insoportables la dureza del lecho y la plebeya calidad y sazón de los alimentos: aquellos individuos que tanto la querían ya no eran de su clase, aquel mundo no era el suyo, y entonces se despidió del pueblo para no volver.

Leonor no se ha arrepentido aún de las escandalosas liviandades de su disipada juventud, ni piensa poner á su historia ese epílogo de mortificación y arrepentimiento con que concluyen todas las novelas románticas, y se ha limitado á señalarle á su familia una respetable pensión y á sufragar los gastos que origine la construcción de una capilla que en la iglesia de su pueblo edifican en honor de Sta. Dionisia.

Ahora está en el apogeo de su juventud, de su hermosura y de su esplendor. El otoño lo pasa en París, el invierno en Roma, el verano en Dieppe. Vive en la avenida de Wagram, cerca del Arco de Triunfo, en un magnífico hotel que todos sus amantes han pagado. Se levanta tarde, lee los periódicos de la mañana, buscando ávidamente entre los ecos del gran mundo todo lo que de ella se dice: enseguida entra en el cuarto de baño y su doncella la lava, la perfuma, la acaricia frotándola el cuerpo con suaves pomadas que dan frescura y colorido á la piel, y luego se viste un traje de seda para esperar la visita de los *íntimos*, que nunca faltan.

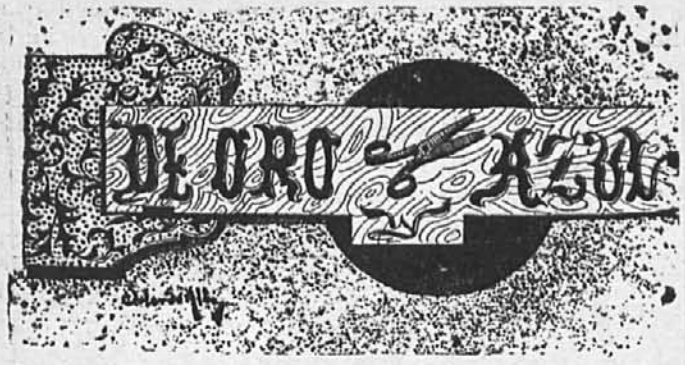
Por Leonor se han arruinado muchos, algunos han muerto, y el escándalo de sus desenfrenos ha llegado al seno de los hogares provincianos; pero nadie la censura, es una *estrella* que todavía no ha tenido ningún eclipse. Una tarde sus caballos atropellaron á un niño y no hubo ningún guardia que se atreviese á detener el coche de la célebre cortesana. ¿Por qué?....

Porque Leonor es la mujer de todos, la mujer que entre todos han enriquecido; aquella para quien no hay hombre antipático, ni anciano repugnante, ni hombre demasiado niño.... La quieren los adolescentes, porque su candorosa vanidad se siente halagada por la posición de tan rica hetera; la quieren los viejos libidinosos, porque es mujer perita que sabe reanimar su fatigada senectud con los quintesenciados refinamientos del deleite; la quieren los comerciantes, porque es parroquiana generosa que paga al contado y sin regateos.

Ella, que es mujer de talento, compara la inocente Dionisia de otros tiempos con la *vengadora* de ogaño, y conoce que esta vale bastante menos que aquella. Esto le ha inspirado un profundo desprecio hacia la humanidad; ¡qué poco deben de merecer aquellos grandes banqueros, y aquellos príncipes de la sangre que la cortejan.... A todos esos encopetados caballeros que las modestas burguesas ven pasar encerrados en la aristocrática tiesura de sus levitas abrochadas, ella les ha visto en su dormitorio, medio desnudos, y conoce sus defectos, sus ruindades. sus miserias.... Y cuando, por las mañanas, su doncella le presenta las tarjetas de los marqueses y de los ricos comerciantes que solicitan una entrevista, la gentil cortesana sonríe desdeñosamente.... pensando en los berracos encelados del cortijo.... Su estrella no ha variado. La pobre Dionisia guardaba cerdos; la opulenta Leonor del Encinar.... también: *cerdos humanos*....

Joaquín SEGURA

© Biblioteca Nacional de España



Cuando se estableció en España el cuerpo de la Guardia Civil, el apodo que generalmente aplicaba el pueblo á los individuos de la *benemérita* era el de *napoleones*, lo que dió origen á no pocas reyertas.

Por aquella época vivía en Sevilla un gitano muy ocurrente, conocido por el tío Cañeja, el cual apostó dos frascos de vino con un *compare* suyo, á que él era capaz de llamar Napoleón á cualquier guardia civil sin que el aludido pudiera amostazarse.

En efecto, salieron los dos *compares* en busca de la aventura, y no tardaron en topar con un guardia en cierto apartado callejón; y en cuanto le vió se fué á él Cañeja y dijo sacando del bolsillo una moneda francesa de cinco francos:

—*¡Melitá, melitá!....* ¿*Tié* usted por *causalidad* cambio de este napoleón?....

El guardia, que comprendió la burleta que envolvía la pregunta, sacó el sable y después de medirle las costillas al tío Cañeja, se marchó muy ufano dejándole más quebrantado y molido que cibera. Entonces el otro *compare* se acercó al gitano apaleado y le preguntó:

—*Digasté, compare, ¿quié* usted más plata *menúa?*

En un circo de París una amazona
ha ejecutado un ejercicio nuevo,
que la prensa pregona
y que yo referir á ustedes debo.
Hallábase la artista mencionada
haciendo ecuestres ejercicios, cuando
al saltar por el aro, entusiasmada,
una ovación al público arrancando,
dió un grito de repente,
se bajó del caballo en el instante,
y allí mismo, en la pista, ante la gente,
¡parió un robusto infante!
Fué sacada en el acto de la pista,
y el público por poco pierde el juicio
al ver lo bien que á la famosa artista
le *salió* tan difícil ejercicio.
Cuando el recién nacido sea hombre
podrá hacer que se asombre
el que le oiga decir en sus festines:
—«¡Yo vine al mundo haciendo volatines!»
Ahora bien: los señores empresarios
verán acrecentar sus intereses
cuando puedan decir en los diarios:
«¡¡Ejercicios para hoy, extraordinarios,
por una Miss que está de nueve meses!!»

—¡Esto es atroz!....—repetía
cierta actriz muy afamada,
que de varón disfrazada
del escenario salía:—
¡he oído en la galería
que soy hombre, sostener!....
—Vaya, déjales hacer,
dijo una amiga, y no llores;
que á muchos de esos señores
les consta que eres mujer.

Lo eterno.

Ella.—¿Cuándo dejarás de hablarme de amor desde por la mañana hasta la noche?

El.—Cuando me permitas demostrártelo desde la noche hasta por la mañana.

—Dime, ¿quién es aquella que va con el barón?

—Una que acaba de *lanzarse*. Es muy mona, ¿verdad?

—Sí; pero, ¡tan chiquitita!.... ¡Tan menudita!

—Como que parece hecha con un cuentagotas.

EPIGRAMA

En *El Eco de Tudela*
un anuncio Enrique puso
que decía así: «*Manuela*
se alquila y vende en buen uso.»

Gonzalo CANTÓ

Recién casada Consuelo
de gravedad enfermó,
y su muerte convirtió
la luna de miel en duelo.
—Seguro de que va al cielo
(gimió su viudo Miguel),
este golpe tan cruel
sabré soportar con calma.
¡Ay! pero siento en el alma
que se vaya.... á media miel.

Dos niños están en un balcón mirando el vapuleo que recibe el caballo de un carretón cargado de ladrillos.

—¡Pobrecito, cómo le pegan!—exclama uno de los muchachos.

—No, hijo mío—interrumpe la madre que le oye; —pobrecito tu padre que siempre está trabajando y apenas gana para comer. Compadécete de él: ¡pobrecito tu padre!....

Poco después pasó un tranvía arrastrado por dos mulas á las que también iba fustigando el mayoral, y el niño dijo:

—¡Animalitos, las mulas!

—Animalitos las mulas, no—repuso el hermano mayor;—animalito papá, que está siempre trabajando.

¡Desgraciada la mujer
que escribe en su corazón
amor antes que *deber*,
teniendo cerca un varón
de los que saben leer!

Un individuo interpela á un vecino suyo que vapulea diariamente á su mujer.

—Pero, hombre, ¿no le da á usted vergüenza de tratar así á su pobre esposa, á un ser débil?....

—Yo le diré á usted: para mí, la mujer es siempre respetable; pero yo, á quien sacudo, es á la hija de mi suegra.

R. S. López, Impresor.

© Biblioteca Nacional de España

Sorpresa

1.º Don Aquilino se quedó roncando, mientras su mujercita se alejaba con *el otro*.

2.º En esto llegó una vaca juguetona, y.... ¡zás!.... se puso el sombrero del dormido....

3.º Enseguida se echó á correr como animal que el diablo se lleva.

4.º Y.....—¡Cielos—exclamó la joven:—mi marido!....

. . . . . .

AGENCIA DE ADUANAS
DE LA
VIUDA DE ORFILA, CERT, CREUS Y DOMENECH
SOCIEDAD EN COMANDITA
Teléfono 966.-Parque, 3.-Barcelona
Transportes marítimos y terrestres
Agentes de los vapores Tintoré y Compañía
Y DE LA
COMPAÑÍA HISPANO-ARGELINA

JOB Pedid el papel JOB
Es el mejor y el más higiénico
DEPÓSITO: Rambla Canaletas, 5, 1.º, 1.ª. Barcelona.

RAIMUNDI Y COMP.ª
ARIBAU, 24.—GRACIA
Esta casa se encarga de la ilustración de toda clase de obras, revistas y periódicos.
Zincografías fotograbados autotipias

FUERA SÁNDALO El antiguo MATAFLUJOS PARADELL al copaibato cálcico, cura en ambos sexos los flujos secretos. Recientes en 15 días con el Mataflujos núm. 1 Crónicos y gota militar en 48 horas con el número 2, sin quedar la molesta gota que deja el sándalo y flujo blanco en la mujer (con ó sin dolo de cor) en 15 días con el Mataflujos núm. 3. Cortes (Granvía), 151, farmacia de dos puertas y Rambla de las Flores, 4. Centro de especialidades.

Enfermedades secretas y herpes
Su curación es pronta, segura y radical por crónica que sea la enfermedad, con un tratamiento inofensivo y eficaz.
Dirigirse: Aribau, 12, farmacia. Barcelona.

Chocolate JUNCOSA
FERNANDO VII, NÚM. 10.—BARCELONA
Exportación á provincias y Ultramar

© Biblioteca Nacional de España